

Una novela de primavera para leer en invierno, el largo invierno que nos aguarda sin su autor. *El imperio de las flores* se suma a las historias sobre lo efímero que ha venido proponiendo Severino Salazar (Tepetongo, Zacatecas, 1947). Es difícil no asociarla con sus antecesoras, novelas y relatos como ¡Pájaro, vuelve a tu jaula! (Plaza y Janés, 2001) o Mecanismos de luz y otras iluminaciones (Ficticia, 2003), por un motivo característico en todas ellas, la revelación de lo perfecto en un entorno opuesto, sórdido y atroz, probable reminiscencia de la epifanía joyciana, atribuible si se tiene en cuenta la formación de Salazar en la literatura inglesa. Pero esta novela es independiente de aquéllas; la distingue el lirismo de su prosa, la subjetividad de su anécdota, la personalidad de su protagonista así como sus juegos verbales y narrativos.

El autor centra sus mejores hallazgos en las interminables y a veces insólitas maneras de ofrecer a los sentidos del lector las diferentes propiedades de las flores: le recuerda que esos objetos frágiles y efímeros se integran al cuerpo humano entre olores y sabores, y lo nutren, curan, duermen o enloquecen; que una flor, al aspirarla, excita, marea, convoca recuerdos; que los individuos se dividen entre quienes siembran las flores, las estudian, las venden y las co-

cinan; que no hay mucha diferencia entre aquellos que las ofrecen a Dios y quienes se las presentan a su amante. Todas estas llamadas a la tradición floral resultan un estímulo de lectura poco común, pues el autor acude a las múltiples alusiones lingüísticas de la vida cotidiana que vinculan a las flores con el sexo, lo sagrado, la muerte. Como se sabe, ese conjunto de símiles y metáforas van perdiendo sentido con su continua repetición; es entonces que Salazar propone una vuelta al sentido original de esas expresiones, propone nuevas interpretaciones o se avoca a una exploración de sus capacidades narrativas.

La obra propone un personaje protagónico bien delineado desde la locura, el amor y los recuerdos, Paulina Zúñiga, cuyas relaciones sociales y familiares tienen marcados contenidos significativos. Por un lado, las figuras masculinas del padre, el amante y el amigo descubren a la protagonista los secretos de la culpa, el erotismo, la belleza y la muerte; por otro, las figuras femeninas, las amigas, la rival y la madre, comparten con ella los secretos de la casa, el cultivo del jardín, una solidaridad que se fusiona con la soledad y enseña a Paulina a interiorizar. Con un tono reflexivo, de secretos compartidos, Paulina Zúñiga construirá desde su voz a otros dos personajes entrañables, el amante Pedro de Osio y el joven

sacerdote sin un nombre definido, contrapartes de sexualidad y misticismo.

El espacio, aun concreto y reconocible, se envuelve de la irrealidad de la locura y el sueño con que la protagonista percibe y comunica su mundo. Salazar hace florecer la ciudad de Zacatecas –ciudad más mineral que vegetal, según la recuerdo– e inunda su cantera rosa de flores que perfuman la rugosidad de la piedra: jacarandas, pensamientos morados y amarillos, rosales, floripondios, nardos y azucenas. La primavera también resulta una suerte de metáfora del tiempo que trae consigo el dolor perfecto, pretexto para que renazcan los recuerdos de su protagonista, incluso ella misma renacerá, en un florecimiento insólito que obtiene el inesperado final de la novela.

El imperio de las flores es, para concluir, una novela difícil de reminiscencias prehistóricas, leyendas, refranes y frases alusivas a las flores, con una anécdota inquietante, narrada desde el centro de un laberinto floral; que va del yo al tú y del presente al pasado, de la primavera al verano como de la memoria al olvido. Una narración que no elude los pasajes escatológicos en función de sus ejes temáticos, un ramillete de palabras y personajes efímeros que han concretado una escritura permanente.

*Azucena Rodríguez Torres**

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.